

**G. Rodríguez Salas, *Anacronía*, Granada, Valparaíso Ediciones, 2020, 88 págs.**

La muerte, el amor o el afecto y el paso del tiempo son *anacronías* de cualquier realidad humana por intemporales, y del presente por cómo tratan de negarse, de solaparse en la vorágine actual, o de rentabilizarse como objetos de consumo en forma de costosos tanatorios y flores, de agasajos y de cremas, cirugías y elixires de sempiterna juventud. Pero el primer libro de poemas del crítico, escritor —ahora también poeta— y profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Granada, Gerardo Rodríguez Salas (1976), devuelve a la muerte y al afecto y dolor humanos la esencia atemporal y primigenia que las modernas sociedades occidentales *destierran* o capitalizan, con destellos de una belleza y agudeza o extrañamiento propios de los muchos referentes literarios citados en el poemario. Repárese, por ejemplo, en la *resemantización* de la historia de las sirenas, del famoso canto XII de la *Odisea*, y del mito de Ícaro («la cera») en la composición siguiente:

SIRENAS

No conseguí decir que estabas *muerto*.

[...]

Te anunciaron sirenas

[...]

Nada hacia la ambulancia nuestra madre

sin salvavidas,

se derrite la cera en sus oídos.

Aquella tarde rueda en mi cabeza,

[...]

No conseguí decir que estabas *muerto*. (pág. 23)

La muerte indecible o inefable es la del hermano del autor, a quien se dedica el libro al comienzo y se le agradece en las líneas finales: «A mi hermano Javi, que nunca cayó del todo»; «Y tú, Javi, me mostraste la cara oculta del mapa» (pág. 88). Quien «cayó del todo» y transitó los espacios velados de los mapas es el poeta, Gerardo Salas, para el que la escritura del poemario constituye una catarsis terapéutica con la que trata de superar el fallecimiento y de continuar viviendo con su recuerdo. Las composiciones de *Anacronía* pueden leerse así como un proceso de duelo o como una elegía en tres partes («I. Ayer», «II. Ausencia», «III. Porvenir») con otros tantos poemas proemiales: «Odisea» (el poema del ayer y de la reflexión moral), «Palabras de papel» (el de la

ausencia y el lamento) y «Lobo» (el del porvenir y el consuelo). Quien esto escribe se queda o prefiere los versos de la primera parte, la del «ayer», que evoca estampas de la vida de Javi, su muerte y el duelo subsiguiente, por la intensidad emocional y los ecos mitológicos, vanguardistas e irracionales de las composiciones:

SANDÍA

En lo alto del cerro  
riega la abuela sus sandías  
gigantes y rayadas.  
Con orgullo nos trae la más grande  
y la chutamos,  
y rueda y rueda monte abajo  
y rueda y rueda sin parar,  
Rueda y se ensucia el corazón  
de nuestra abuela,  
[...]

LEJÍA

[...]  
arrugados los dos como la ropa  
dispersa en el terrazo.

«¿Estás bien, niña?»  
—preguntó él, ausente  
[...]  
«Acuéstate, mamá.  
Yo fregaré los platos».

DESPEDIDA

[...]  
  
No supe despedirme  
pues hay minutos  
que destiñen la ropa  
[...]

te veo cada noche en la camilla  
que lanzo al precipicio. (págs. 22, 24 y 32)

Los apartados dos y tres, «II. Ausencia» y «III. Porvenir», son sustanciales para la catarsis vital y literaria del hablante lírico, en este caso el mismo poeta, e introducen un cambio de tono y de estilo, en especial el segundo, que rememora la estancia del autor en Nueva Zelanda, adonde viajó el verano de 2002 para asumir «la anacronía que es la ausencia» (pág. 87). Esa distancia temporal y geográfica con respecto a la fecha y el lugar de la muerte de su hermano Javi (octubre de 2001 y ¿la ciudad o provincia de Granada?), así como el asombro y la fascinación antropológica que supone para el escritor el descubrimiento de la cultura maorí, tiene un correlato en los versos, menos emotivos, más reflexivos, pero también más prosaicos, que los del primer apartado:

## AOTEAROA

[...]

Aterriza el avión entre algodones  
 urdiendo briznas cada vez más densas.  
 La tierra de la larga nube blanca  
 aguarda mi visita y me pregunto  
 si viniste a este lado de la bruma  
 buscando el infinito (pág. 39)

La tercera parte constituye una síntesis entre la primera y la segunda. El recorrido por las calles de Granada traza un nuevo itinerario histórico, geográfico y cultural, pero la realidad de la ciudad vivida y compartida en el pasado con su hermano hace más presente su figura para el poeta; si bien el dolor y el sufrimiento por la pérdida se atenúa y deja paso a una estoica o panteísta resignación consoladora:

## ESCALERA DE AGUA

[...]

No bajo los peldaños, no lloro por tu ausencia,  
 pues soy gota del río cristalino  
 que, fundida en tus dedos, abraza la ciudad.

## SEMÁFORO

[...]

el viaje nunca acaba  
 porque nunca te fuiste. (págs. 74 y 75)

Los poemas son, en general, de gran irregularidad métrica por lo que tienden al prosaísmo; con todo, llama la atención el contraste entre el predominio del verso de arte menor y la introspección y el desazonado sentimiento de pérdida. Esta singularidad confiere un peculiar ritmo conjunto al libro y funda el otro gran acierto expresivo del poemario, más allá de los ecos vanguardistas e irracionistas señalados: la reiteración y rápida sucesión de los *leitmotiv* fundamentales de los versos, el viaje y la huida (asociado al personaje de Ulises), el vuelo (con guiños al mito de Dédalo e Ícaro), la caída (un nuevo eco de la historia de Ícaro y quizá también de la de Faetón), la rueda o el rodar hacia abajo (podría interpretarse como una alusión a la piedra y padecimientos de Sísifo) y la ausencia. Estas iteraciones guardan similitudes estructurales y conceptuales con los estribillos o figuras de repetición de villancicos y cancioncillas tradicionales, y sugieren un ritmo de treno o salmodia fúnebre.

Volviendo al comienzo del libro y de esta reseña, la anacronía propuesta por Gerardo Rodríguez Salas gira, pues, en torno al duelo íntimo y personal por la sorpresiva pérdida de un ser querido, la de su hermano Javi. Esa aflicción y la fecunda intertextualidad de los versos sugieren además un lamento por el devenir de la civilización actual, en la que la muerte, el dolor y la emoción se quieren convertir en sensiblería comercial o en realidades anacrónicas de la humanidad. Esta cartografía vital, geográfica y literaria de *Anacronía* recuerda, en cierto modo, a la de otros poemarios actuales como *Atlas* de Alba Cid, Premio Nacional de Poesía Joven «Miguel Hernández» del año 2020, en el que el asombro ante el descubrimiento de realidades recónditas estimula la curiosidad intelectual, la introspección y el deseo de aferrarse o encontrar un asidero emocional, espacial y temporal en culturas ancestrales y en el mito, y de alejarse, de paso, de la intangibilidad electrónica, muy propia de la Modernidad Líquida propugnada por Zygmunt Bauman.

Por último, no debe obviarse el elegante diseño de la colección Valparaíso de Poesía en la que se publica *Anacronía* ni la acertadísima imagen de la cubierta, perteneciente a la serie *Falling Man* de James Wedge, para ilustrar un poemario sobre un accidente de moto que causa la muerte de un hombre y precipita al vacío a su familia, y en particular al hermano escritor del difunto y autor del libro, Gerardo Rodríguez Salas.

**Jacobo Llamas Martínez**